

Zancudo y Macondo¹

* FERNANDO VALENCIA RAMOS /

**DEISY ALEXANDRA TORO

EL AUTOR

* Antropólogo (Universidad del Cauca). Docente de Antropología del Programa de Ecología, Facultad de Ciencias Naturales, Fundación Universitaria de Popayán.

** Licenciada en Lenguas Modernas, (Universidad del Cauca). Estudiante de Filosofía. Lille III, sede Francia

¹ Este texto fue publicado originalmente en francés en la recopilación de artículos sobre librerías del mundo, en el libro titulado ICI, là-bas, producido por la librería Meura. Lille. 2005. Traducido al español por Deisy Alexandra Toro

RESUMEN

El presente artículo trata sobre la historia de dos espacios urbanos de la pequeña ciudad de Popayán, dos librerías locales en tiempos diferentes pero continuos. Historias de espacios que se han perpetuado en la memoria de la ciudad, desplegando el discurrir social y económico de dos épocas recientes y de sus intereses particulares por las cuales fueron creadas. Librerías que dan cuenta de comportamientos, pensamientos e ideologías que se establecen en contradicción con los mercados enajenantes en los sistemas actuales, librerías que generaron de alguna forma contracultura e insurgencia ante las economías globales.

PALABRAS CLAVES: El zancudo, Macondo, Insurgencia, Tertulia, Glasnost, Economía Mundo, Cosificación

SUMMARY

The present article is about the history of two urban spaces from Popayán city, two local book stores dating from different times but are continuous space histories lasting through the memory from the city. Spreading the social and economic course of two recent epochs and its their particular interests by which were created. Book stores that talk about behaviors thinkings and ideologies established in contraction to distracting markets in present systems. Book stores that generated against culture and insurgence before global economies

Recibido: octubre 1 de 2005

Aceptado: octubre 30 de 2005

¿Alguna vez usted se imaginó que las librerías podrían transformarse en los testigos silenciosos de la historia de una ciudad? Pues bien, ese es el caso cuando se explora el pasado de estos espacios urbanos. Preguntarles sobre sus historias puede despertar la memoria adormilada de los espacios humanos. Una historia que se desprende del asfalto de una ciudad para ofrecernos el alma de los lugares. Teníamos simplemente la intención de contarles la trayectoria de dos librerías: el Zancudo y Macondo. Sin embargo, nos dimos cuenta que una librería puede ser algo más que un establecimiento comercial que frecuentemente reduce el libro a un producto del mercado. Si bien es cierto que hoy en día no podemos pensar distinto, ese no siempre ha sido el caso. Es por ello que quisimos situarnos al margen de las librerías, es decir, al margen de las librerías como centros de consumo cuya función consiste en abastecerse de las grandes casas editoriales para su comercialización al público. ¿En dónde se encuentran esas librerías? ¿Cuales podrían escapar de la economía actual del mercado y de todo lo que la cosificación del libro implica?

Muy lejos, al otro lado del continente se abre una pequeña ciudad en medio de la cadena montañosa de América Latina. La historia de estas dos librerías acontece en la ciudad de Popayán, situada al sur de Colombia. El Zancudo, que quiere decir *El Mosquito*, y Macondo, nombre prestado del pueblo imaginario de Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad* nos transportan a los años 70 y 80 de esta ciudad. Durante los años 70 la vida del país estuvo impregnada por distintas convulsiones políticas y marcada por el sueño de la revolución suscitado por los partidos de izquierda. Por el contrario, la década de los 80 vio fundirse el espíritu revolucionario, al mismo tiempo que se gestaron otros sueños. Es en estos parajes lejanos, casi al margen del mundo, donde hemos ido a buscar las librerías distantes de la economía-mundo.

Al recorrer el centro de Popayán tenemos la impresión de ser transportados a otra época. El estilo colonial de las casas y de las iglesias podría hacernos creer que el tiempo

se detuvo en el siglo XIX. Toda su estructura, suntuosamente barroca, gira alrededor de un parque y desde ese centro la ciudad completamente blanca se extiende de forma geoméricamente ordenada. Como todas las ciudades coloniales de Colombia, el centro es siempre un parque. Justamente esa es la estructura colonial, pero también el espíritu colonial del siglo XIX. Esta ciudad nos ofrece la oportunidad de abstraernos al tiempo moderno. Gracias a nuestros recuerdos podemos reconocer, a ciertos metros de distancia, la librería del Zancudo, desaparecida ya hace 25 años. Es bien posible que en esa época los habitantes de esta ciudad también se sintiesen encerrados en el pasado, el mismo encerramiento que producía *Cien años de soledad*. Digamos de paso que el efecto mágico de Macondo consistía en detenerse en el tiempo, mientras que el mundo se transformaba sin esperar a Macondo.

Detengámonos, nosotros también, y hagamos un llamado a la memoria de los antiguos clientes para evocar el alma de esta librería. Una vitrina que daba a una de las calles mas agitadas de esta ciudad. El catálogo de las novedades y de los clásicos - Platón, Homero o Vargas Llosa y Jorge Luís Borges- era accesible a la mirada del transeúnte. Sin embargo, sólo el observador interesado decidiría detenerse, quizá en la espera de encontrar el libro que le detendría su mundo. El sentimiento de incompletud o de carencia lo empujaba a descubrir esta librería y enseguida a abrir el libro. Un inscripción en la pared del lugar, perpendicular sobre la puerta, acogía al visitante: "El zancudo contra el cual el gringo no pudo". Se trataba del eslogan de la librería, haciendo peyorativamente alusión al espíritu provocador e irreverente de la juventud colombiana. En seguida la integridad de los estantes que se ofrecen en un sólo vistazo, toda la librería estaba allí, al alcance de la mano. Esta pequeña librería reposaba sobre una modesta colección pero significativa o quizá algo más simbólica en el área de la literatura, las ciencias humanas y sociales. Al fondo se dejaba apreciar una decoración simple y dúctil de un establecimiento que tenía más la apariencia

de un café de pueblo que de una librería. El ambiente agradable y familiar del Zancudo lo daban unas cuantas mesas de madera rústica. Mesas que estaban rodeadas no de asientos sino de cojines llenos de arena que invitaban al visitante a sentarse en el suelo, a sentir la tierra.

La librería del Zancudo fue creada en 1970, logrando mantenerse a lo largo de esa década. Ella era testigo del espíritu convulsivo y conflictual del país en el momento en que las estructuras políticas tradicionales estaban siendo fuertemente contestadas y desestabilizadas. Esta ciudad, así como el resto del país, aspiraba al deseo de una revolución. Más que nunca el lenguaje de la esperanza resonaba como eco por todos los rincones. Ya habíamos visto constituirse las diferentes guerrillas bajo la influencia de las ideologías marxistas-leninistas y maoístas, las cuales contaban con el apoyo del partido comunista cubano y con la ayuda financiera de la Unión de Republicas Socialistas (URSS) de entonces. Era en esta época en que el Movimiento Revolucionario Colombiano se legitimaba, al mismo tiempo que veíamos nacer movimientos y organizaciones bajo el signo del partido comunista, constituyéndose así lo que sería la ideología de izquierda colombiana. En este contexto, lo que una librería como el Zancudo podía aportar no era solamente los libros objetos cosificados listos a ser devorados por lecturas hambrientas de información. Muy al contrario, lo que estaba en juego era sobre todo la posibilidad de propagar, de difundir, gracias al papel impreso, el espíritu de ruptura, de cambio, de debate y de revolución. Los estantes de las librerías, como la nuestra, proveían el producto del cual la gente se alimentaba.

Ellas fueron las responsables silenciosas de un pensamiento compartido por todos, creando así el deseo de la lucha y de la esperanza. Un aire de ruptura y de contestación soplaba entre los espacios y los blancos de estas librerías. Tal libertad que parecía pertenecer únicamente a las librerías no podía expresarse en los estantes de una biblioteca. Ese fue el caso en Popayán, en donde las bibliotecas municipales satisfacían a duras

penas las necesidades académicas de un joven público. En cuanto a la biblioteca universitaria, sólo los estudiantes tenían acceso, sin contar además que era controlada por los estatutos internos burocráticos de la universidad. El Zancudo fue así un lugar de apertura, y con el paso del tiempo se afirmaría como símbolo de ruptura contra las fuerzas represivas y morales de las instituciones y de la sociedad en general.

El Zancudo era la única librería en donde se podía encontrar todo tipo de literatura revolucionaria. Las editoriales rusas como Progreso o Mir traducían al español y difundían las ideologías contemporáneas. También se contaba con las ediciones Latinas como Grijalba, Suramericana o Siglo XXI. Libros que reivindicaban o contradecían las estructuras tradicionales, promulgaban o criticaban los estereotipos de una identidad nacional que se buscó desde la consolidación de la República durante la época independentista. Pese a la gama literaria que podía encontrarse, el carisma de esta librería no reposaba en el hecho de haber contribuido a la propagación de los libros más prohibidos por el sistema. Si hoy en día los habitantes de esta ciudad pueden evocar con tanta afición el espíritu del Zancudo, es porque además de haber sido un lugar de apertura y de contestación, la librería era también un lugar de encuentro. De hecho, algunos de los libros ideológicos, especialmente los de las ediciones rusas o latinas, se vendían a bajo precio, incluso existían sistemas de crédito conspicuo con el fin de que los clientes escogieran sus libros de acuerdo a sus posibilidades e incitaciones. Igualmente, se podía leer en la librería, constituyéndose en el momento menos pensado pequeños grupos de lectura. Desde la mañana hasta la noche la librería acogía un gran público. Sin ninguna cita o un plan previo, los visitantes más asiduos se iban instalando para hacer surgir los temas más polémicos. En la atmósfera cotidiana de la espontaneidad, los hilos se descosían, se tejían grandes telares ideales, recreaban el tejido complejo de la vida nacional. En realidad, lo que esta librería ofrecía a los

habitantes de Popayán y a sus visitantes era la generosidad de la palabra. El Zancudo daba la posibilidad de vivificar la letra estéril que reposaba en la superficie extinta de los libros. Fue a partir de aquella época que se inscribió en el espíritu colectivo la preocupación de comprender toda teoría extranjera o universal desde el seno de nuestro contexto individual, social y político. En esta atmósfera, la librería tomaba forma de un café provincial o de una sala de reuniones que bien podríamos llamarla centro de tertulia o tertuliadero. Un poco de especulación nos llevaría a pensar que esta librería, ubicada en una pequeña ciudad de América Latina, evocaba los famosos cafés literarios de los años 60 en Francia. Es verdad, había cierta semejanza, sobre todo por el clima agradable, descomplicado y fraternal, pero las intenciones políticas de sus propietarios impedían creer que ella hubiese tenido la intención de volverse un café-literario.

De hecho, los fundadores del Zancudo eran miembros de la organización indígena nominada Centro Regional Indígena del Cauca (CRIC), organización creada con el fin de promover los planes de “desarrollo” en las comunidades indígenas. Sin embargo, ciertos miembros eran militantes revolucionarios pertenecientes a movimientos insurgentes. En esta época los movimientos insurgentes estaban constituidos especialmente por tres categorías de individuos: los campesinos e indígenas, los obreros y los que podríamos llamar “intelectuales”. En realidad esta última categoría abarcaba un número indeterminado de profesionales y estudiantes: abogados, filósofos, sociólogos, antropólogos, etc. En principio, las guerrillas y las organizaciones de tipo comunista representaban las clases obreras y populares que se sublevaban contra las clases burguesas dirigentes. Justamente era esta última la que frecuentaba asiduamente el Zancudo, haciendo de él un lugar estratégico para llevar a cabo reuniones secretas. Es verdad que se podían discutir las lecturas, pero no olvidemos que para el momento no existía lectura sin compromiso. Era así como los debates en el Zancudo

hacían fusionar los aspectos teóricos o literarios con los conflictos locales sobre la vida política y social de la cotidianidad. A lo largo de la década de los 70, esta librería fue testigo de las transformaciones radicales en Popayán. Transformaciones que se manifestaban a través del estado caótico y conflictivo que reinaba en todos los campos de la vida nacional. Es por ello que la atmósfera general era indudablemente de contestación y de protesta, no solamente contra las injusticias y las irregularidades políticas del sistema, sino también contra las estructuras jerárquicas y tradicionales de la sociedad. La insatisfacción colectiva fue en ese entonces el origen de las diferentes expresiones de contra-cultura, lo que explica la propagación de las organizaciones de izquierda en Popayán y en el resto del país. Ellas denunciaban la corrupción gubernamental y nos prevenían contra una segunda colonización de parte de los Estados-Unidos. Los campesinos y los indígenas cambiaban sus instrumentos de trabajo por armas con el fin de proteger sus tierras ancestrales. Los movimientos de profesores y estudiantes se unieron para defender la educación pública y condenar sus estatutos tradicionales y decadentes. Los grupos de poetas, escritores y artistas interrumpieron su silencio y suspendieron sus búsquedas personales para comprometerse con el conflicto general, transformándose así en los actores indispensables a la comprensión de los estados convulsivos del país.

No crea que todas las expresiones que hemos llamado de contra-cultura aparecieron espontáneamente, alimentadas por el espíritu apasionado y entusiasta de una época. Bien al contrario, ellas nacieron pese a la coerción de las estructuras tradicionales dominantes de la sociedad. Igualmente sobrevivieron de la represión e incluso de la política del terror instaurada por el poder. Sin embargo, la sobrevivencia no fue muy larga, puesto que al final de la década de los 70 el paisaje nacional se volvió más gris y más conflictivo que nunca. Las fuertes represiones externas, pero también las divisiones internas de todas estas expresiones políticas y culturales se

fragilizaron agotando los sueños revolucionarios. Fue también al final de esta década que el Zancudo vio aparecer su fin. Pronto el peligro que esta librería representaba para la sociedad “pura” o “blanca” no tardó en manifestarse. De hecho, Popayán era reconocida a nivel nacional como la ciudad “blanca”, en principio por la arquitectura blanca; sin embargo, este apelativo podría muy bien aplicarse al espíritu aún colonial que reinaba por esos tiempos. Hasta ese momento la burguesía local no había visto ponerse en tela de juicio sus principios morales y religiosos, junto con la herencia de los valores hispano-cristianos, conservados preciosamente durante siglos. Es claro que a los ojos de los representantes de la sociedad tradicional, un lugar que acoge y despierta el desorden social debe ser estrictamente controlado. Fue así como durante este período las fuerzas oscuras del Estado impusieron toda clase de medidas con el fin de acabar las organizaciones, los movimientos y los grupos insurgentes. El terror se expandió por los campos y ciudades. Las amenazas, las persecuciones, los asesinatos y las desapariciones de activistas, estudiantes y políticos tocaron la totalidad del territorio colombiano. En Popayán, la Universidad del Cauca también sufrió de estas sangrientas persecuciones; los organismos secretos del Estado se infiltraron para detectar y vulnerar a los jefes intelectuales de la insurgencia. Evidentemente, el Zancudo se volvió un lugar estratégico para la reoperación de los disidentes. Los estudiantes desaparecían de la noche a la mañana, el miedo y el odio impotentes se instalaron en los estantes de esta librería. Hoy en día todavía se recuerda al poeta muerto, a los amigos que partieron intempestivamente, al hombre que solía abrir la puerta de la librería. La muerte apagó la voz del músico, del abogado, del estudiante, del lector, del indígena, en suma, del colombiano en general. Todos estos eventos, pero además la crisis económica que tocaba a todo el mundo en el país, junto con la competencia del mercado del libro, condujeron a la ruina a El Zancudo y por consecuencia a su cierre definitivo.

El Zancudo no dejó beneficios económicos, en cambio, se alimentó de una memoria, de una historia común que aún se continúa recreando. Es por eso que después del Zancudo nació, bajo el mismo signo socio-humanístico y artístico, Macondo. Esta librería tenía un eslogan completamente diferente al de El Zancudo, pero igualmente idílico. Se trataba de un cocktail llamado *Glasnost*. Este cocktail fue ofrecido el día de la inauguración de la librería y poco a poco se convirtió en la bebida asociada a la historia de Macondo. Los nuevos y los antiguos poetas, escritores, artistas y filósofos festejaron alrededor de *Glasnost* el nacimiento de Macondo y de paso el nacimiento de una nueva época en la vida de esta ciudad. Si bien es cierto que durante los años 80 se desató a causa del narcotráfico una violencia exacerbada que no toca aún su fin y que con el paso de los tiempos se hace aún más compleja, pese a la descomposición social y política se vio renacer la esperanza. Al menos en la esfera intelectual y artística. De esa esperanza, Macondo pudo rendir cuenta. *Glasnost* representaba la bebida de la transparencia, de la voluptuosidad, la trampa de la seducción artística. La trama de la poesía, de la literatura, de la filosofía y del arte en general disipaba la agitación política de los años precedentes. Desde su apertura, Macondo invitaba a la reconciliación de la palabra recuperando así la atmósfera cotidiana de la antigua librería, sin ninguna huella del sueño ideológico, más bien con un espíritu un tanto bohemio y artístico. En el tiempo de Macondo ya no habían más enemigos, como lo proclamaba el slogan del Zancudo; al contrario, Macondo era el lugar donde el pensamiento no encontraba fronteras, abriendo así sus puertas a la reconciliación de saberes difícilmente conciliables desde el seno de la universidad. "La inter-disciplinarietà que no era posible en las salones de las universidades, lo era en las reuniones de Macondo", cuenta su mas fiel... el que siempre estuvo ahí, para atender a sus visitantes.

Macondo representaba la palabra que buscaba emanciparse. Es por eso que la libertad de expresión y de creación comenzaba con un cocktail ya que la embriaguez

tiene de común con la lectura el escape de la palabra. Se podría deducir del cocktail una filosofía contada en 6 pasos: 1 libera el verbo; 2 libera el cuerpo; 3 libera el alma; 4 mas allá del bien y del mal; 5 el encuentro frente a Eros y 6 entre thanatos y el renacimiento, veneno y remedio. La lectura así como el vino producen el mismo delirio de embriaguez, el mismo efecto de exaltación y de liberación. Es por ello que este nuevo período en el universo del libro no podía ser inaugurada más que con el alcohol. El alcohol como los libros traza una línea de fuga dejándonos escapar de la contingencia de la historia para suspendernos a otro tiempo. Eh allí la magia de Macondo, el de *Cien años de soledad*, cuyos habitantes se refugiaban en la dimensión de un tiempo propio, un tiempo que ellos recreaban con la intensidad de sus utopías, obra sagaz en el que el arte a través de Baco se sitúa en el tiempo y lo supera, el arte salva. El mismo efecto de efugio fue vivido en esta librería. Su espíritu de bohemia, de discusión y de contemplación artística nos empujaba lejos, más allá de toda frontera, cerca de aquellos que se hicieron para siempre inmortales. Una vez más, podríamos pensar que el hecho de ofrecer un libro conlleva en sí mismo todo lo que un libro implica, es decir: el placer y la angustia de pensar para quedar impregnados con el espíritu volátil de la letra. Es por eso que un sello simbólico marcaba la primera página de cada libro vendido. Después de *Glasnost*, el segundo emblema de Macondo era un sello con el nombre de la librería y la figura de una mujer leyendo un libro. Se trataba quizá de una diosa griega, dotada de una belleza extraordinaria. Esta magnífica mujer, de cabellos largos y enortijados, era rodeada de una flora silvestre que dejaba entrever la desnudez de su cuerpo. Es así como la huella de macondo se dispersa desde hace 25 años por todos los rincones de la ciudad, y acaso acompaña a quienes partimos a otros lugares con un libro de Macondo en nuestras maletas.

En los mejores instantes de la librería, el propietario Omar Lazo no disimulaba su gusto por el arte. De vez en cuando acogía a artistas de la ciudad o de otras regiones. En una noche de embriaguez, Omar quizá hubiese cambiado su

librería por una obra de arte. Todos los artistas populares y hasta los más conocidos exponían sus pinturas en Macondo haciéndole la competencia al imperio del saber escrito. Poco a poco el establecimiento ha ido pareciéndose más a una modesta galería de arte que a una librería. Es justamente ese el destino común a nuestras librerías de antaño, ellas toman seguido la forma de otra cosa. Es por ello que en Popayán hemos estado al margen de las librerías y de la acogida no comercial que ellas representan. Ese simple café provincial de los años precedentes ya había desaparecido. Del Zancudo no quedaba más que el recuerdo de discusiones calurosas y entusiastas. En Macondo, los amantes de la lectura no perdían la cita con *Glasmot* volviendo las noches de bohemia interminables. Esas noches de poesía y de embriaguez habitan todavía la memoria de sus visitantes. Finalmente, es la memoria lo que las librerías nos dejaron como único *presente*, la memoria que impide olvidar quienes somos.

Mientras que el saber no sea más que el saber trivial y que la discusión intelectual no toque las esferas de la vida política en decadencia, una librería puede tranquilamente subsistir. Es esa la gran deuda colombiana que hay que pagar para conservar la vida del arte, de la filosofía, de la poesía y la vida humana también. Una realidad que nos empuja al abismo del silencio, privando incluso del derecho al susurramiento, es una realidad que nos distancia de nosotros mismos o en el peor de los casos nos empuja al exilio, incluso estando en nuestra propia tierra. Digamos, entonces, no sin ironía, que gracias al silencio denegado los habitantes de Popayán disfrutaban todavía de esta librería. Sin embargo, son otras las dificultades las que hay que enfrentar. Las formas del Estado nacional son tan cambiantes como las de un camaleón, agotando la cotidianidad con las formas triunfantes de la economía-mundo. Las políticas del mercado volvieron la sobrevivencia de Macondo difícil, al punto de dejarla desolada. Macondo sufre hoy de la misma desolación vivida en el pueblo imaginario de Gabriel García Márquez. Tal estado de soledad es el producto de una

economía moderna de la cual es imposible escapar. A pesar de todo, Macondo hace el esfuerzo de subsistir, tal vez con un rostro pálido y nostálgico, pues algo de espectral se pasea entre los estantes de la librería. De vez en cuando sus fieles y antiguos visitantes pasan con la intención de instaurar la charla que un día se hizo bajo la embriaguez de *Glasnost*. A veces se ve al propietario solitario sentado detrás de su computador esperando a los viejos y nuevos clientes.

Hoy en día, la economía global en la que se inscribe el libro lo vuelve inaccesible y acaba radicalmente con estos pequeños espacios donde las librerías sueñan con ser algo más que una simple librería. La guerra política nos ha privado de la posibilidad de pensarnos a nosotros mismos, de comprender nuestra historia y nuestro tiempo. ¿Para qué sirven entonces los libros, sino podemos leerlos para conversarnos? La economía-mundo ha cosificado el libro volviéndolo para los países potentes un objeto de consumo y para los países de América Latina un bello objeto de lujo del cual sólo los más suntuosos se pueden beneficiar. ¿Para qué sirven finalmente los libros sino podemos leerlos? Sin embargo, de nuestra esperanza ancestral, de nuestro tiempo en línea de fuga, de nuestros esfuerzos silenciosos y cotidianos, ningún estado de guerra, ni ninguna economía podrán expropiarnos. Un día, quizás “después” librerías pareciéndose a otra cosa, pero también bibliotecas o universidades poblaran nuestras ciudades. Así como el coronel de García Márquez esperó, con una esperanza infranqueable y una resolución absoluta, su carta, sólo lo que nos queda por hacer es “esperar”.